

Pablo Guadarrama  
González

## Andrés Bello: trascendencia de su filosofía e identidad latinoamericana

**D**

Desde sus inicios el siglo XIX latinoamericano no obstante el control ideológico e intelectual del poder colonial,<sup>1</sup> en lo que a corrientes de pensamiento filosófico se refiere, estuvo caracterizado por distintas y enfrentadas posturas. La ilustración había constituido no sólo el fermento catalizador de las potencialidades que demandaba la preparación ideológica del proceso independentista,<sup>2</sup> sino que había sembrado la semilla de nuevas fuentes de ideas en diferentes planos.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> «En esta etapa, bajo la influencia de la ilustración, prevalece el “eclecticismo” como nuevo espíritu filosófico; la filosofía adopta el método analítico en lugar del sistemático del siglo XVII. La filosofía cumple en esta etapa una función crítica del sistema pedagógico tradicional, que el despotismo ilustrado trata de modernizar y, finalmente, se convierte en las primeras décadas del siglo XIX en instrumento ideológico a favor de la independencia de los pueblos americanos». Marquínez Argote, G., «Prólogo», en *La filosofía en América Colonial*. Colectivo de autores dirigido por M Beuchot y G. Marquínez Argote, Editorial El Búho, Bogotá, 1996, pp. 14-15.

<sup>2</sup> Véase: P. Guadarrama: «Humanismo e ilustración en América Latina», en Guadarrama, P.: *Pensamiento filosófico latinoamericano: Humanismo vs. Alienación*. Prólogo Carmen Bohorquez, Editorial El Perro y la Rana, Ministerio de Cultura. República Bolivariana de Venezuela, Caracas, Tomo I, 2008, pp. 260-308; y Guadarrama, P.: *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia*. Planeta-Universidad de Salerno-Universidad Católica, Bogotá, Tomo I, 2012, pp. 207-241.

<sup>3</sup> «La filosofía política que operaba, en la mayoría de los casos implícitamente, nos muestra que los actores de la emancipación buscaron argumentos para fundamentar su acción liberadora, y los encontraron, abundantes, en la propia

El sensualismo, el empirismo y el racionalismo tratarían de imbricarse orgánicamente y encontrarían nuevos exponentes cada vez más a tono con los avances del pensamiento filosófico universal. El cientificismo, que devendría posteriormente elemento típico del positivismo finisecular, tendría ya desde los inicios del siglo XIX algunas manifestaciones vinculadas a la divulgación creciente que lograban los nuevos descubrimientos científicos y avances tecnológicos.

La frenología y otras concepciones biologicistas, que se derivaban de la fiebre por apuntalar cualquier idea en los logros de algunas de las ciencias reconocidas en esa época, alcanzaron también cierta difusión.

El utilitarismo y la ideología, como productos importados de las metrópolis económicas y culturales, Inglaterra y Francia respectivamente, también encontraron eco en los sectores de aquella naciente burguesía latinoamericana, ansiosa de saltar etapas en el desarrollo y control de sus respectivas fuentes productivas.

En el plano sociopolítico acompañaban al despertar del liberalismo las tempranas expresiones de inconformidad con las insuficiencias y contradicciones de la sociedad capitalista, a través de un incipiente pensamiento de corte socialista utópico.

La reflexión filosófica alcanzaría peldaños superiores con la impugnación del eclecticismo que pujaba con fuerza por manipular la conciencia de la nueva época con las viejas artimañas.

El eclecticismo y el espiritualismo se impondrían en varios países de la región, como expresión refinada de nuevas formas de la metafísica, en tanto otros, como el positivismo<sup>4</sup> y el materialismo científico-natural, no tendrían mucho que esperar para iniciar su despliegue crítico sobre aquellas posturas especulativas.

Muchos fueron los denominadores empleados para expresar las más refinadas formas del idealismo filosófico, que encontraba su modalidad literaria por esta época en el romanticismo,

---

tradición latinoamericana». Bohorquez, C.: «La filosofía de la independencia», en Dussel, E. Mendieta y C. Bohorquez: *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «latino»*. CREAL-Siglo XXI, México-Buenos Aires-Madrid, 2009, p. 174.

<sup>4</sup> Véase: P. Guadarrama: *Positivismo en América Latina*. Universidad Nacional Abierta a Distancia, Bogotá, 2001; *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2004; «Razones del positivismo y el antipositivismo sui generis en América Latina». *Cuadernos americanos*. XXV (137):125-149, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F., 2011.

y que tomaba carta de ciudadanía como el espiritualismo y el eclecticismo.

El espíritu anticlerical —que había estado de cierto modo presente en el pensamiento y que preparó ideológicamente el proceso independentista—, se apagaba paulatinamente en correspondencia con las nuevas condiciones que generaba el movimiento de restauración en Europa, cuando la Santa Alianza parecía también imponer su diktat sobre las nuevas cabezas filosóficas.

Era el momento en que se ponían de acuerdo las ancestrales monarquías europeas para tratar de hacer saltar atrás la marcha de la historia y desconocer las conquistas de la Revolución Francesa, del mismo modo que a fines del siglo xx, tras la caída del Muro de Berlín, el triunfalismo neoliberal pretendió borrar de la memoria histórica de los pueblos los logros del socialismo.<sup>5</sup> Sin embargo, con el reciente derrumbe de Wall Street pareciera que las medidas proteccionistas de los estados capitalistas sobre los bancos y otras empresas privadas hicieran reverdecer algunas concepciones de raigambre socialista.

La historia, según se dice, se repite una vez como tragedia y otra como comedia. Es común que en las épocas de crisis socio-económicas afloren y pululen las sectas esotéricas que prometen salvación asegurada a los incautos en momentos de pérdida de rumbos y de destrucción de valores establecidos.

Nada tiene de extraño que en aquella época de profundo despegue del capitalismo la sociedad burguesa se viese infectada de corrientes ideológicas que pugnaban por hacerla retroceder en su marcha, o por lo menos obligarle a continuar camino acompañada de corrientes de pensamiento que engendradas en el pasado hacían todo lo posible por mantenerlo vivo.

El conservadurismo, al igual que el pesimismo, el oscurantismo y el misticismo, fueron tomando alguna fuerza en consonancia con los intentos por restablecer el privilegiado lugar que había perdido la escolástica.

Las ideas de la filosofía clásica alemana también encontrarían algún eco en el ambiente filosófico latinoamericano de ese siglo, pero la mayor parte de las veces mediadas por interlocu-

<sup>5</sup> Véase: P. Guadarrama: *Marxismo y antimarxismo en América Latina. Crisis y renovación del socialismo*, Editorial El Perro y la Rana, Ministerio de Cultura. República Bolivariana de Venezuela, Caracas, tt. I y II, 2013.

tores de estatura menor como Victor Cousin o Frederich Krause que no habían alcanzado tanto prestigio en Europa.

La problemática antropológica se vería sometida a múltiples enfoques, y en ellos se haría siempre latente la lucha por elevar al hombre latinoamericano a nuevos planos de dominio sobre sus condiciones de existencia, especialmente por elevar a la mayor parte de sus representantes a la condición digna de lo humano.

Hay que señalar también que en América Latina la ilustración no había sido un fenómeno homogéneo, sino que se caracterizó por el desarrollo de diversas tendencias, algunas de ellas incluso marcadamente hostiles entre sí en algunas cuestiones.

Una de las corrientes que mayor repercusión temprana alcanzó en la primera mitad del siglo XIX fue el sensualismo. La llamada escuela escocesa o del sentido común se dejó sentir incluso entre pensadores que también deben ser considerados representantes de la ilustración, como el caso de Andrés Bello.

Esta escuela apareció como una manifestación de experimentalismo y de enfrentamiento a los rezagos del espíritu especulativo que aún pudieran quedar entre algunos representantes de la propia ilustración.

Es conocido que la ilustración provocó reacciones diversas en el siglo XIX. Por una parte estimuló proyectos de pensamiento de corte humanista, como tendencia principal que había caracterizado a este movimiento. Pero también sentó las premisas para corrientes de carácter empirista y científicista que desembocaron en el positivismo.

La escuela escocesa que había sido fundada a mediados del siglo XVIII por Tomas Reid en Edimburgo era continuadora de la tradición empirista inglesa. Propugnaba un «realismo natural» en el que la percepción sensible constituía el pilar fundamental de toda su concepción gnoseológica, que en última instancia estaba dirigida contra el escepticismo, el fenomenalismo y cualquier postura agnóstica.

El sensualismo tuvo en esa época de la primera mitad del siglo XIX su más prestigioso representante en el venezolano Andrés Bello (1781-1865), quien era un profundo conocedor de la tradición empirista inglesa, dada su larga residencia en Inglaterra. Bello escribió una obra filosófica, *La filosofía del entendimiento*, que no tiene nada que envidiar a las mejores producciones de dicha tradición, y se identificó también con la escuela

escocesa y con la filosofía de lo relativo de Hamilton, que propugna el condicionalismo gnoseológico.

Bello desarrolló ideas muy propias, originales y auténticas sobre el proceso del conocimiento humano, sin embargo lamentablemente en postura filosófica han querido clasificarlas con el uso de algunas de las contradictorias corrientes filosóficas de la época y como no ha sido tan sencillo encasillarlas en alguna de ellas, se ha tratado inútilmente de forzarlas a ser consideradas según García Bacca, como un «plan digno de un positivismo espiritualista integral»,<sup>6</sup> definición que resulta indudablemente un contrasentido.

Cuando José Gaos leyó aquella magistral obra expresó en 1948: «si Bello hubiera sido escocés o francés, su nombre figuraría en las Historias de la filosofía universal como uno más en pie de igualdad con los de Dugald Stewart y Brown, Royer Collar y Jouffroy, si es que no con los de Reid y Cousin».<sup>7</sup>

Otros reconocimientos a la trascendencia filosófica de esta obra de Bello se observan en Marcelino Menéndez y Pelayo, quien la consideró: «sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana».<sup>8</sup>

Su erudita labor magisterial en América, ya marcada por un discípulo tan excelso como Simón Bolívar, y su reconocido prestigio en los terrenos de la gramática española, el derecho civil, así como sus incursiones en el mundo de las ciencias naturales, etcétera, sirvieron de pilar a una sólida cultura filosófica que le hacen ser reconocido como un genuino filósofo aportativo a la originalidad y autenticidad del pensamiento latinoamericano.

Bello le concedió importancia primordial a las relaciones entre entendimiento y lenguaje, así como entre pensamiento y lenguaje, tema este que se favoreció por sus profundos conocimientos filológicos, lingüísticos y gramaticales que le hicieron ganar merecido prestigio también por su famosa Gramática española.

Su obra filosófica fundamental, *Filosofía del entendimiento*, dedicada básicamente al análisis del proceso del conocimiento,

<sup>6</sup> J. D. García Bacca: «Condillac, Berkeley y Bello», *Revista Nacional de Cultura*. (89): 223, Caracas, 1951.

<sup>7</sup> J. Gaos: «Introducción a Andrés Bello», *Filosofía del entendimiento*, FCE, México, 1948, p. LXXXIII.

<sup>8</sup> M. Menéndez y Pelayo: *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, t. II, Madrid, 1893, p. CXXIII.

con una fundamentación profundamente sensualista y psicologista, no necesitaba ser completada por una física y una metafísica o por una ética y una política como podrán exigirle los más rigurosos analistas filosóficos, porque en ella está de cierto modo contenida su visión de la filosofía como instrumento indispensable del pensar y el actuar humanos.

Tal vez donde mejor aparezcan resumidas sus ideas respecto a la misión desalienadora de la filosofía, del arte y de la ciencia es en este párrafo de su libro: «Felices aquellos que pueden dedicarse desde temprano al estudio de algunos ramos de los conocimientos humanos. Todos tienen sin duda sus hechizos y sus ventajas, desde la poesía, que, por sus brillantes cuadros, conmueve y mueve la imaginación, hasta la metafísica que nos hace conocer los resortes secretos de nuestra inteligencia: desde la historia que nos desarrolla las revoluciones de los imperios, y los progresos de la civilización, hasta la filosofía que perfecciona las facultades intelectuales y nos hace amar la verdad. Todos estos estudios son muy dignos de cautivar el espíritu de todo ser racional; pero no son menos los que, elevándonos a la contemplación del universo, nos impulsan a estudiar la causa misma que la anima: aquellos que nos recubren todo lo maravilloso de esos fenómenos numerosos, tan singulares como importantes, que nos explican la teoría de los vientos y de las borrascas, la de esos relámpagos que nos alumbran con una luz tan particular, la de esos temblores que nos asombran con sus fuerzas y nos intimidan con sus efectos, la de esos cometas en fin, sobre los cuales absurdas supersticiones, transmitidas por la credulidad de lo antiguo, subsisten aún en el vulgo».<sup>9</sup>

Aquí se revela el espíritu ilustrado que mueve al pensamiento de Bello a encontrar en el cultivo de la ciencia, del arte y de la filosofía algunos de los mecanismos indispensables para que el hombre emerja de las profundidades que le impiden respirar el aire descontaminado de su liberación espiritual y material. Precisamente ese parece ser el objetivo principal de su libro y de toda la labor intelectual que desde Chile propagó por todo el continente, y trascendió a su época.

El punto de partida de su teoría del conocimiento radica en concebir a las sensaciones como signos, como Condillac ante-

<sup>9</sup> A. Bello: *Filosofía del entendimiento*, México, FCE, 1948, p. 205.

riormente había planteado, pero con una connotación algo diferente. Para él las sensaciones constituían el elemento fundamental del proceso que denomina anamnesis, no en el sentido platónico, como vínculo esencial para la comprensión de la realidad. Al concebir las sensaciones no como imágenes de dicha realidad, sino síntesis señalizadoras que proporcionan una información sobre la realidad a partir de la cual la ciencia y la filosofía elaboran sus presupuestos.

Bello cayó en el mismo error que posteriormente Lenin criticaría en Helmholtz por conducir al subjetivismo más descarnado, al considerar a las sensaciones no como imágenes, sino como signos. Pero Bello no se quedó en ese punto. Trató de explicar el proceso de conversión de las sensaciones en signos y viceversa a través de las ideas, que ya Locke había elevado a categoría nuclear del proceso cognoscitivo.

Bello destaca que el estudio de la naturaleza en la época moderna ya no constituye una labor exclusiva de elites, sino que se ha popularizado y convertido en una necesidad de todo hombre, independientemente de su condición social. Del mismo modo el cultivo de las letras se constituye en exigencia de la comunicación humana. De ahí que haya dedicado tanto esmero a la labor filológica que deseaba propagar a amplios sectores populares a fin de lograr una mejor comunicación entre nuestros pueblos a través de un cultivo adecuado del lenguaje. Sin embargo, esta misión encontró algunos opositores en no menos importantes figuras del pensamiento de aquella época como José Luis Mora, Domingo Faustino Sarmiento<sup>10</sup> y Juan Bautista Alberdi, quienes le criticaban la exquisitez del lenguaje no apropiada para el nivel cultural predominante en la época y por dedicarle exagerada atención a la forma en lugar del contenido del pensamiento.

<sup>10</sup> «Por lo que a nosotros respecta, si la ley de ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros [Andrés Bello] sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige los arcanos del idioma y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración» Sarmiento, D.F. Obras completas de D. F. Sarmiento, Buenos Aires (22 de mayo de 1842, Tomo I, p. 230), en Anderson Imbert, Enrique: Genio y figura de Sarmiento, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1967, p. 3.

Al respecto García Aponte plantea: «El verdadero nudo de la cuestión era este: mientras que Sarmiento sostenía la soberanía del pueblo en la formación de la lengua. Bello la negaba, tanto en la formación de la lengua como en materia de legislación. Ciertamente Bello se equivocaba al negar la participación del pueblo en la estructuración del idioma y de la ley, pero no es menos cierto que ningún idioma o sistema legal puede desarrollarse si no se sujeta a ciertas reglas y normas que pertenecen precisamente al dominio del gramático y del legislador».<sup>11</sup>

Tales críticas a Bello, al parecer exageradas, no tomaban en consideración su genuina labor iluminista, que no se limitaba al perfeccionamiento de nuestro idioma y que no se dejaba arrastrar por el espíritu antiespañol que habían dejado las guerras por la independencia latinoamericana en amplios sectores de la intelectualidad de esta región, algunos de los cuales ya habían comenzado a buscar en el mundo intelectual anglosajón o en el francés las exclusivas fuentes nutritivas de la modernidad. El propio Bello bebió profundamente en esas fuentes, pero esto no le había conducido a minimizar o subestimar el papel de la cultura española en la conformación cultural de Hispanoamérica.

Aquella profunda polémica que sostuvo Bello con los jóvenes liberales —Sarmiento, Lastarria y Bilbao, quienes imbuidos por el naciente positivismo y por la nordomanía anglosajona rechazaban todo lo vinculado a la cultura española como nefasto para América—, evidentemente poseía una profunda carga ideológica y política.<sup>12</sup> En esta discusión en la que se impondría el justo criterio de la imposibilidad de romper radicalmente con una de las fuentes nutritivas básicas de esta Nueva Iberia, como llegó a considerar el célebre venezolano a estas nacientes repúblicas latinoamericanas, sin embargo, saldría considerado injustamente como un conservador, cuando en verdad su postura fue mucho más moderna —como expresan Picón Salas y Rojas Osorio—,<sup>13</sup> dado que su pensamiento no solo se había gestado

<sup>11</sup> C. García Aponte: Andrés Bello, Banco de la República, Universidad de Panamá, Panamá, 1964.

<sup>12</sup> C. Beorlegui: Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad, Universidad de Deusto, Bilbao, 2004, p. 205.

<sup>13</sup> C. Rojas Osorio: Filosofía en el Caribe hispano, Editorial Porrúa, México, D.F., 1997, p. 50.

en el independentismo, sino también en el cultivo de los mejores valores de la ilustración y la progresiva conformación de la modernidad, que anhelaba se completara en estos países. A esa labor dedicaría la mayor parte de su vida lo mismo en Caracas, en Londres, que en Santiago de Chile en la rectoría de la universidad.

Como plantea Antonio Scocozza:

Su esfuerzo, además del aprendizaje, fue el no cometer el error de trasladar soluciones culturales «avanzadas» a una realidad que se presentaba cultural y políticamente «retrasada» claramente frenada por el yugo colonial, sino en poner en posición dialéctica y de comparación experiencias culturales, sociales, ideales diferentes, haciendo que se relacionaran, aprovechando la «raíz común» sin renunciar nunca a la diversidad, a la peculiaridad, que se convierte en un elemento que completa una nueva experiencia cultural occidental: la americana.<sup>14</sup>

Bello había sido, en verdad, y siguió siendo después del proceso de la independencia, un fuerte enemigo de las ataduras que la metrópoli colonial y, en particular la iglesia habían impuesto, y trataba de mantener el libre ejercicio del pensamiento. Así criticó fuertemente la censura que la iglesia en Chile mantenía sobre algunos libros considerados heréticos. Estas ideas no contradecían en nada su fe religiosa, su criterio sobre la misión civilizadora del cristianismo y especialmente su convencimiento de la necesidad del concepto de Dios en el hombre para que este fuese virtuoso, ya que a su juicio la naturaleza humana era propensa a la injusticia y al dominio del fuerte sobre el débil.

Su humanismo cristiano constituye una muestra de la posibilidad y la realidad de la unidad armoniosa de un pensamiento ilustrado emancipador y una fe religiosa que no se dejase arrastrar por el oscurantismo, el fanatismo y el autoritarismo. No en balde sus ideas amamantaron las del libertador, del mismo modo que en Cuba las del sacerdote Félix Varela y del filósofo José de la Luz y Caballero, entre otros, nutrieron las ideas éticas y religiosas de José Martí.

<sup>14</sup> A. Scocozza: El maestro de América, Universidad Católica de Colombia, Editorial Planeta, Bogotá, 2011, p. 19.

Defensor de la igualdad natural entre los hombres y las naciones, Bello se enfrentó a todo tipo de despotismo y a cualquier forma de favoritismo que limitara las posibilidades de desarrollo de cualquier hombre o país. Por tal motivo fue uno de los precursores en la crítica a las falacias del liberalismo económico que tanto inspiraba en el siglo XIX a amplios sectores de la naciente burguesía latinoamericana, del mismo modo que en cierto momento tomó auge la utopía abstracta (Ernst Bloch) del neoliberalismo.

La trascendencia de la obra filosófica de Andrés Bello tal vez no fue tan inmediata como el reconocimiento que obtuvo su labor intelectual en el terreno del derecho civil o la gramática española, pero eso no impidió que desde el siglo XIX haya sido reconocido como uno de los pilares intelectuales del pensamiento latinoamericano, si se tiene en cuenta el cultivo de la filosofía, en especial en lo referido al análisis de la historia universal y en particular de los pueblos latinoamericanos, que ha llevado a Miguel Rojas Gómez a considerar, con suficiente razón que: «La nueva filosofía de la historia que fundamentó es una filosofía universal concreto-situada».<sup>15</sup> De tal modo contribuyó a la valoración justa del acervo cultural de los pueblos latinoamericanos y coadyuvó al proceso de reconocimiento de su identidad, así como al de su necesaria integración.

Para el logro de esos objetivos Bello plantearía de manera muy temprana en el pensamiento latinoamericano una intención por la que posteriormente muchos también abogarían: la necesidad de elaboraciones teóricas propias, pues según él: «los trabajos filosóficos de Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile [o Hispanoamérica]. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética».<sup>16</sup>

Era lógico que sus puntos de partida epistemológicos fundamentados en el sensualismo lo indujeran también a rechazar cualquier tipo de deductivismo metafísico y a plantearse la construcción de teorías para la comprensión del mundo cultural, sociopolítico y económico latinoamericano a partir de la construcción inductiva que partiera de Nuestra América.

<sup>15</sup> Véase: M. Rojas Gómez: «La contribución de Andrés Bello a una filosofía de la historia universal concreto situada», *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Cuba, No.134, abril-junio de 2005.

<sup>16</sup> A. Bello: «Modo de escribir la historia», en Andrés Bello: *Obras completas*, t. XXIII: *Temas de historia y geografía*, ed. cit., p. 240.

Ahora bien, en modo alguno esta postura significaba que Bello subestimara los aportes del pensamiento europeo o de otras latitudes, lo único que en verdad proponía era subsumirlo en el análisis propio desde la circunstancialidad latinoamericana. Por eso le respondería a Lastarria, Sarmiento y otros que al respecto lo atacaban: «suponer que se quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa es pura declamación. Nadie ha pensado en eso. Lo que se quiere es que abramos bien los ojos a ella, y que no imaginemos encontrar en ella lo que no hay, ni puede haber».<sup>17</sup>

El ilustre venezolano sabía muy bien que no había nada que temer si por medio de la educación y de la conveniente promoción cultural de los elementos valiosos de cada pueblo, en este caso de los chilenos y los latinoamericanos en general, se cultivaba tanto el idioma como otras expresiones de la conciencia nacional de un país, de su historia, tradiciones, instituciones, etc., de una forma abierta al intercambio con las manifestaciones culturales de otros pueblos con los que se establecen nexos inexorables, como en este caso con las de España, pues, a su juicio: «las ideas de un pueblo se incorporan con las ideas de otros pueblos; y perdiendo unas y otras su pureza, lo que era al principio un agregado de partes discordantes, llega a ser poco a poco un todo homogéneo, que se parecerá bajo diversos aspectos a sus diversos orígenes, y bajo ciertos puntos de vista presentará también formas nuevas».<sup>18</sup>

De tal modo la trascendencia mayor de las ideas filosóficas no radica tanto en haber elaborado una nueva corriente diferenciada de otras posturas epistemológicas o axiológicas hasta ese momento existentes, sino en haber reflexionado con rigor y suficiente autenticidad sobre la problemática política, cultural, histórica y social de los pueblos latinoamericanos en momentos tan trascendentales de su vida como aquellos de inicios en una vida relativamente independiente.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 249.

<sup>18</sup> A. Bello: «Investigaciones sobre la influencia de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile. Memoria presentada a la Universidad en la sesión solemne de 22 de septiembre de 1844, por don José Victorino Lastarria», en Andrés Bello: *Obras completas*, t. XXIII: *Temas de historia y geografía*, ed. cit., pp. 166-167.

La mayoría de los precursores de la idea de una identidad cultural e integración latinoamericana, como el hondureño José Cecilio Valle —quien denominaba a América como su patria—,<sup>19</sup> pensaron siempre en los elementos comunes de identificación y en la integración de aquellos pueblos surgidos de la mezcla de los aborígenes, los negros importados por la esclavitud y la colonización hispano lusitana. No consideraban regularmente que dicha unidad se diera con los pueblos de Norteamérica. Por el contrario observaron con recelo las políticas expansionistas de los gobiernos de los Estados Unidos de América que hasta el nombre de «americanos» acapararon de manera exclusiva para su pueblo.

Por tal motivo comenzaron a surgir denominaciones diferenciadoras de las de los pueblos y la cultura de Norteamérica como las de Hispanoamérica, Iberoamérica, América Latina o Latinoamérica durante el siglo xix, cada uno con su consecuente connotación ideológica,<sup>20</sup> así como el de Indoamérica de más reciente creación en el siglo xx. Tales términos eran expresión de búsqueda de elementos comunes de identificación cultural, pero también de búsquedas de alternativas políticas y económicas de destino común que facilitaran soluciones satisfactorias de desarrollo en un mundo de nuevas formas de dominación.

Es notorio que la búsqueda de elementos de identificación cultural entre los pueblos latinoamericanos se incrementó considerablemente luego de alcanzada la independencia política como vía de resistencia ideológica a los nuevos poderes imperiales neocolonialistas provenientes de Europa y Estados Unidos. Si por una parte algunos sectores de la aristocracia criolla se dejaban

<sup>19</sup> «Veinte y dos años pasados desde 1810, digo yo de la América, mi patria, [La cursiva es nuestra, P.G.G.], han sido 22 años de equivocaciones, sangre y lágrimas». Para prevenir estos males propuso una confederación de todas las provincias que habían alcanzado su independencia: «Se crearía un poder, que, uniendo las fuerzas de 14 o 15 millones de individuos haría a la América superior a toda agresión, daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes; y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos sabiendo estos que existía una federación calculada para sofocarla». Oquelli, R.: Introducción a José del Valle. Antología. Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Editorial Universitaria, Tegucigalpa, 1981, pp. 28-29.

<sup>20</sup> Véase «¿Pan-latinismo, pan-hispanismo, pan-americanismo, solidaridad?» en Bosch García, C.: El descubrimiento y la integración iberoamericana, UNAM, México, 1991, pp. 267-276.

seducir por la xenofilia cultural, un grupo destacado de intelectuales y políticos de profunda raigambre patriótica reivindicaron los valores de la cultura y los pueblos latinoamericanos como necesidad de consolidar la independencia política.

Uno de los precursores de esa especie de «Independencia cultural de Hispanoamérica» fue Andrés Bello, quien ha sido caracterizado como el «libertador intelectual de América», tarea para la cual enarboló como arma la defensa de la riqueza del idioma español al servicio de la creatividad americana desde lo local.<sup>21</sup>

A juicio de Paola Gorla: «Bello vio muy bien que la secesión idiomática de América respecto a España implicaba el riesgo de una misma secesión entre naciones americanas; él no postulaba la separación americana, sino, al revés, el derecho de los americanos a participar oficialmente en la permanente formación de la lengua común, para una lengua castellana única».<sup>22</sup>

El americanismo de Bello y su preocupación sobre el tema de la identidad cultural latinoamericana,<sup>23</sup> como plantea Leopoldo Zea,<sup>24</sup> no solo se manifestó en las descripciones del paisaje de estos países, sino también en la idea de patria como fuerza espiritual en la que se funden sentimientos de identificación. Su labor intelectual al servicio diplomático de Venezuela, Colombia, y Chile estimuló la integración de los pueblos de esta región,

<sup>21</sup> «De origen interior o exterior varias son las funciones que Bello hace recaer sobre esa meritocracia, pero todas emanan de una adecuada solución del encuentro entre lo particular y lo universal. [...] Lejos de una posición pasiva ante el patrimonio cultural heredado de Europa ese grupo tiene la obligación de hacer progresar la descripción de los rasgos particulares —la peculiaridad, del nuevo país». L. Bocaz: *Andrés Bello, una biografía intelectual*, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2000, p. 181.

<sup>22</sup> P. Gorla. «El proceso de latinización en el pensamiento de Andrés Bello: de la lengua a la ley», en: Aldo Albónico y Antonio Scocozza: *Cultura latinoamericana*, Editorial Planeta, Universidad Católica de Colombia, Fondazione I.S. LA. Per gli Studi Latinoamericani, Bogotá, 2011, p. 269.

<sup>23</sup> Véase: M. Rojas Gómez: «La teoría de la identidad cultural de Andrés Bello y su reafirmación a través de la lengua española», en *Islas, Revista de la Universidad Central de Las Villas*, Santa Clara, Cuba, No. 150, octubre-diciembre de 2006.

<sup>24</sup> «Andrés Bello, como muchos de sus contemporáneos, en especial sus grandes coterráneos: Miranda, Bolívar, Rodríguez y Sucre se sentía parte del gran continente descubierto por Colón y actuó como tal». Zea, L.: «El americanismo de Bello». En *Andrés Bello. Valoración múltiple. Al cuidado de Manuel Gayol Mecías*, Casa de las Américas, La Habana, 1989, p. 726.

como se manifestó en 1844 cuando se discutían las bases de una «Confederación de Hispanoamérica».<sup>25</sup>

Su optimismo respecto a la posibilidad de la integración latinoamericana como producto no solo de decisiones políticas, sino como expresión de los elementos que identificaban a estos pueblos queda explícito cuando planteaba: «No ha faltado quien crea que un considerable número de naciones colocadas en un vasto continente, e identificadas en instituciones y en origen, y a excepción de los Estados Unidos en costumbres y religión, formarán con el tiempo un cuerpo respetable, que equilibre la política europea, y que por el aumento de riqueza y de población y por todos los bienes sociales que deben gozar a la sombra de sus leyes, den también con el ejemplo, distinto curso a los principios gubernativos del antiguo continente».<sup>26</sup>

Profundas fueron sus reflexiones sobre el proceso independentista de los pueblos de América en las que dedicaba especial atención a las influencias del carácter nacional en las diversas formas de realización de la libertad. Insistía en la necesidad de la cooperación de estos para alcanzar el progreso y sobre todo de la unidad latinoamericana para enfrentar la fiera competencia internacional.

Bello tenía profunda confianza en la dignidad y potencialidad revolucionaria de los pueblos latinoamericanos que en su gran mayoría recién habían demostrado durante el proceso independentista, por eso se opuso virilmente a aquellos que, como Lastarria, dudaban de algunas de las cualidades de los pueblos recién emancipados, por lo que, al respecto, argumentaba:

Sentimos también mucha repugnancia para convenir que el pueblo de Chile (y lo mismo decimos de los otros pueblos hispanoamericanos) se hallase tan profundamente envilecido, reducido a una tan completa anonadación, tan

<sup>25</sup> «Las varias secciones de la América han estado hasta ahora separadas entre sí; sus intereses comunes le convidan a asociarse; y nada de lo que puede contribuir a este gran fin desmerece la consolidación de los gobiernos, de los hombres de Estado y de los amigos de la humanidad. ¿Qué relaciones de fraternidad más estrecha pueden concebirse que las que ligan a los nuevos Estados americanos entre sí? ¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?» Citado en R. Caldera: *La incomprendida escala de Bello en Londres*, en Primer libro de la semana de Bello en Caracas, pp. 37-38.

<sup>26</sup> J. C. Ghiano: *A Bello*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967, p. 47.

destituido de toda virtud social, como supone el señor Lastarria. La revolución hispanoamericana contradice sus asertos, jamás un pueblo profundamente envilecido, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género con que Chile y otras secciones americanas conquistaron su emancipación política. Y el que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la Metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y de Zaragoza. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven, que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua en la defensa de sus hogares. Nos parece, pues, inexacto que el sistema español sofocase en su germen las inspiraciones del honor y de la patria, de la emulación y de todos los sentimientos generosos de que nacen las virtudes cívicas.<sup>27</sup>

En un exhaustivo análisis sobre las características de los pueblos latinoamericanos durante el proceso de la independencia aseguraba que: «para la emancipación política estaban mucho mejor preparados los americanos, que para la libertad del hogar doméstico. Se efectuaban dos movimientos a un tiempo: el uno espontáneo, el otro imitativo y exótico; embarazáronse a menudo el uno al otro, en vez de auxiliarse. El principio extraño producía progresos; el elemento nativo dictaduras. Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar; pero la naturaleza de las cosas le avasalló, como a todos; para la libertad era necesaria la independencia, y el campeón de la independencia fue y debió ser un dictador».<sup>28</sup>

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 89.

Aunque se inspiraba al igual que muchos de los pensadores latinoamericanos del XIX en el modelo republicano de los Estados Unidos, insistía mucho en la especificidad de nuestros pueblos para la consecución de formas definitivas de autogobierno. Con tal objetivo le atribuía, al igual que Lastarria, una gran tarea a las ciencias sociales en el proceso esclarecedor de los caminos hacia el perfeccionamiento de la liberación de esta parte de América.

Afortunadamente Bello se equivocó al augurar una futura desaparición de los pueblos originarios de tierras latinoamericanas y en particular de sus culturas. En su equivocado juicio sostenía: «En la América, al contrario está pronunciado el fallo de destrucción sobre el tipo nativo. La razas indígenas desaparecen, y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos trasatlánticos, sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos y monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser».<sup>29</sup>

Para el célebre pensador venezolano era «natural» que los pueblos cultivasen sus raíces vernáculas y era necesario estimular esa actitud en defensa de la identidad cultural latinoamericana. A su juicio: «Cada pueblo tiene su fisonomía, sus aptitudes, su modo de andar; cada pueblo está destinado a pasar con más o menos celeridad por ciertas fases sociales; y por grande y benéfica que sea la influencia de unos pueblos en otros, jamás será posible que ninguno de ellos borre su tipo peculiar, y adopte un tipo extranjero; y decimos más, ni sería conveniente aunque fuese posible».<sup>30</sup>

Bello entendía la integración latinoamericana no sólo como una viable posibilidad, como los acontecimientos más recientes lo demuestran, sino como una necesidad en lo referido a lo que José Martí<sup>31</sup> posteriormente exigiría como el debido equilibrio del mundo.

De tal manera acentuaba los elementos básicos de la identidad cultural latinoamericana, al mismo tiempo que destacaba

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>31</sup> Véase: P. Guadarrama: *José Martí y el humanismo latinoamericano*. Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2003.

en qué medida podría incidir la augurada política integracionista de esta región en el desenvolvimiento de Europa.

Profundo era el sentido humanista de la obra del Bello que creía en los posibles logros de una educación completa en el cuadro de una sociedad moderna, atendiéndose al ideal de un nuevo hombre que debía corresponder a la nueva sociedad de la reconstrucción social. Es por ello que el pensamiento pedagógico y sociológico de Bello, aun dentro de su conservadurismo íntimo, deviene revolucionario en sus consecuencias prácticas, como hoy dignamente se le reconoce no solo en su natal Venezuela o en Chile, donde renace, sino en todos los países latinoamericanos.

Él no era ciertamente un revolucionario en el sentido del liberalismo de la revolución, ni siquiera en el sentido del romanticismo de mediados de siglo. Pero en un sentido histórico, amplio y profundo, en el sentido de su ligazón íntima con los problemas fundamentales del humanismo burgués, las obras de Bello constituyen una de las cumbres reformadoras del movimiento de la Ilustración en Hispanoamérica y, en consecuencia, de la preparación ideológica para el advenimiento de una burguesía americana.

En el centro de sus doctrinas se encuentra ya el gran problema que se le plantea al humanismo burgués, al no poder desplegar plena y revolucionariamente la cuestión del desarrollo libre y universal de la persona humana, más allá de sus expresiones políticas y jurídico-formales, donde el elemento social quedará postergado a otras ideologías y gestores de la independencia como Bolívar, Artigas, Hidalgo o José Martí.

Si filosófica y políticamente Bello no había sido un hombre de posturas radicalmente revolucionarias, su pensamiento fue evolucionando a tono con las luchas de los pueblos latinoamericanos por su independencia. Su radicalización no solo se revela en su posición de defensa de los ideales humanistas y su distanciamiento crítico ante la sociedad dividida en órdenes de privilegios feudales, sino también frente a los obstáculos interiores y exteriores que se presentaban para el desarrollo de la personalidad humana.

En su papel de maestro en una sociedad que seguía siendo oligárquica, él disemina los gérmenes de un pensamiento para una futura sociedad latinoamericana moderna. De allí la conexión íntima de Bello con la generación positivista sui generis

que le sucederá y de la cual en ocasiones hasta se le ha considerado miembro.

Lo importante no es cómo calificar o clasificar la postura epistemológica o filosófica de Bello, sino valorar la huella que ha dejado su obra en la cultura latinoamericana y universal. Esto nos obliga en estos momentos de recuento del pensamiento que contribuyó a gestar nuestra independencia política, a la debida justipreciación de los aportes intelectuales de numerosas personalidades que lo acompañaron o que continuaron su labor, así como a reservarle un privilegiado lugar a este notable emancipador de conciencias.